

por la más escrupulosa sinceridad, se expresan de manera paradigmática las tensiones de un tiempo de encrucijada. De origen extremadamente humilde y miembro de familia numerosa (catorce hermanos). Carranque llevará durante su corta existencia el estigma de su condición social, viéndose obligado para sobrevivir a ejercer los oficios más inverosímiles, desde aprendiz de carpintero hasta actor de cine, desde ratero a polizón, albañil, *manager* de un

hermano boxeador o modelo en la Escuela Superior de Bellas Artes. En cierto modo, podría afirmarse que su biografía «exige» el enfoque que él hace de la literatura. Anarquista activo en los primeros años de juventud, los avatares de su amarga existencia lo condujeron progresivamente a una concepción pesimista y escéptica («en la vida, lo mejor es dejarse llevar»), muy alejada de aquel fervor inicial que con frecuencia lo había llevado a la cárcel, para

terminar aceptando, poco antes de morir, el cargo de secretario de su amigo el ministro socialista Alvarez del Vayo, puesto que ya no alcanzó a ocupar. El 6 de octubre de 1936, le llegó la muerte, a consecuencia de un cáncer de estómago.

Aunque carecía de formación académica, Carranque fue en los últimos diez años de su vida, un lector incansable y polifacético. Así, a la vez que era un apasionado seguidor de los novelistas rusos (Dost-

toievsky, Tolstoi, Gogol, Kuprin) y de Baroja, estaba al tanto del espíritu y evolución de la aventura surrealista, de los logros del psicoanálisis y de las traducciones de Nietzsche. Precisamente del surrealismo tomará su entendimiento del suicidio como solución frente a un mundo hostil; de Nietzsche, su desdén absoluto por la mujer en cuanto ser humano («la mujer es lo mismo que el perro: necesita de un amo que lo mande»; «la mujer es un objeto estúpi-



Carranque de Ríos.

do, con una mentalidad igual o parecida a la de un árbol, una casa o un tranvía... necesita un conductor que la frene o la haga arrancar». Páginas 187 y 193 de *La vida difícil*; de Baroja, sobre todo, su estilo narrativo, bien que drenado positivamente de toda elucubración entorpecedora.

Autor en su adolescencia de versos terroristas (*Canto a la dinamita*, *Elogio a la pistola*), Carranque publica, en el año 1923, *Nómada*, poemario de ardiente inspiración combativa. Sus tres novelas constituyen, sin duda, lo más valioso y perenne de la obra de Carranque. *Uno*, terminada en 1931 y con una «Presentación del novelista» escrita por Baroja, tardará tres años en hallar editor «por no tener bastante contenido marxista».

*Cinematógrafo* (1936), su última novela, critica la incipiente industria del cine y sus mecanismos de vil explotación de los incautos perseguidores de la gloria. De *Uno a Cinematógrafo* ha ocurrido una significativa transformación: el héroe (antihéroe) solitario se ha convertido en grupo, y éste, progresivamente, en clase social.

*La vida difícil*, el título ahora reeditado, relata la peripecia de un universitario, Julio Montana, que abandona su confortable situación familiar y social para lanzarse por el mundo con el afán de propiciar con su renuncia y su lucha la felicidad universal. La novela, reflejo de la dramática visión del

mundo de Carranque, aprendida de su trágica biografía, nos va presentando el progresivo hundimiento moral y físico del protagonista, que se ve impotente a la hora de poner en práctica su propósito redentor y termina reconociendo su fracaso, sin que le sea dado llevar a efecto su último deseo altruista («una clínica para obreros y gente sin dinero», página 257), nacido al calor del contacto con los revolucionarios santanderinos. Montana, rebelde indeciso, que en última instancia pretende echar mano del regazo familiar, ve truncado el regreso a su vida anterior por una muerte absurda, aunque congruente con su evolución. Las lamentables aventuras del protagonista —estructuradas en Primeras escenas (Saint-Nazaire), Segundas escenas (París), Terceras escenas (Burdeos) y Cuartas escenas (Santander)— aparecen enmarcadas por dos retazos de un folletín rosa (*Renato en el África Central*), que sirven para rebajar hasta el absurdo el aparente dramatismo.

Obra perfectamente contemporánea, *La vida difícil* predispone antes a la lectura cómplice, a la relación activa, que a la contemplación distanciada y disecadora. Narrativamente, se halla entre la novela y el guión cinematográfico. La abundancia de personajes y situaciones, la ausencia absoluta de descripciones efectistas y el ritmo narrativo resultante inclinarían a calificarla como guión para ser rodado; no obstante, la verdadera condición de *La vida difícil* viene señalada por su autonomía, por su entidad como obra de arte suficiente en sí misma. Una lectura en profundidad nos enfrentará con el origen de la espúrea configuración externa: Carranque, en su destrucción de los

LA CAPILLA SIXTINA

CRONICAS DE UN PAIS INCREIBLE

«La crónica sarcástica de un país increíble», dice la faja roja —¡Roja! ¡Qué inoportunidad en estos tiempos!— que envuelve el libro «La Capilla Sixtina», de Sixto Cámara. Un país enteramente increíble: el nuestro. ¡Qué frases, qué personajes, qué sucesos desfilan por las páginas de este libro! Habíamos ido leyendo estas breves crónicas —breves y exactas: sonetos del periodismo— y tenían un valor determinado. Ahora tienen otro. Enhebradas una con otra, articulándose, haciendo que cada una de ellas tenga un valor multiplicador, describen lo que el autor ha visto con aquellas «gafas del diablo» de que hablaba Fernández Flórez. Como esas grandes películas hechas con trozos de documentales que pasan así de lo efímero a lo permanente. Y ganan así otro valor por el arte del montaje. Aquí, en este libro, es todo más limpio: el montaje no existe, o nos parece que no existe: están situadas por un orden cronológico de publicación. Apenas dos o tres líneas cortas en letra cursiva, al principio de cada una de ellas, bastan para situarla en el tiempo, para dar razón de lo que de otra manera parecería una sinrazón. Es decir, que sin ese anclaje en la realidad, parecería su comentario imposible. Y es que comentan un país increíble. Enteramente increíble.

Sixto Cámara es un seudónimo. El prologuista del libro, Manuel Vázquez Montalbán, mantiene el «misterio Sixto Cámara», como titula su nota. «Pulcro, aunque descuidado, silencioso las más veces, con un cansancio histórico...» «...y una eterna esperanza erótico-sentimental de adolescente». «Su ideología es una mezcla de liberal jeffersoniano y socialista de la Commune». «Sixto es ese personaje desnudo de alma al que todo hiere y nada abriga, ese personaje que todo intelectual lleva dentro de sí y abandona cuando se encarna la lucha por la vida y por la Historia». «Le quiero como si fuese ese tío soltero y liberal que todos deberíamos tener, y le odio como si fuese ese adolescente sensible que llevamos dentro y se nos agarra a las visceras hasta que nos mata de insatisfacción». ¡Lástima que no exista Sixto Cámara! Podría haber sido un gran amigo del barrio de Argüelles, donde se imagina vivir; quizá un superviviente del fantasmal barrio de Pozas, el barrio que habita el fantasma de Lauro Olmo, porque también hay fantasmas de vivos, como aseguraba Maeterlinck: Imagino a veces, en los grandes almacenes que se han levantado en el alveolo de lo que fue el barrio de Pozas, ver pasar entre el neón y las jóvenes estudiantes al fantasma de Lauro, al fantasma de Sixto. Gen-

tes de otro tiempo dentro del nuestro. No en vano Sixto Cámara es el seudónimo tomado de alguien que vivió realmente, el socialista utópico Sixto Sáenz de la Cámara. Nació en 1825, dicen las enciclopedias. Atribuyámoste los ciento cincuenta años que podría tener, mejor que una reencarnación. Sixto Cámara no es un «twice borned», no nació más que una sola vez. Y con aquellos ojos ingenuos que buscaban la vida en la utopía, busca ahora este otro país tan increíble que no existe, que no tiene lugar (utopos): tan increíble como que gastamos en él día a día nuestra vida, queriéndonos creerlo y creerlos a nosotros en él. Hay que leer este prodigioso libro, cuya calidad de prosa mágica va mucho más allá de la simple calificación de sarcástica que le atribuye su faja: entra en juego el lenguaje dialéctico entre el surrealismo y el más puro y abrumador realismo, gira los hechos de mil maneras para buscarles su lado posible/imposible, los refleja en los ojos de otros personajes que se nos han hecho tan queridos como su propio creador: Encarna, Menelao el Areopagita, Marco Antonio de los Arroyos... No basta con leer cada semana las crónicas de Sixto Cámara. Juntas enseñan la inmovilidad del tiempo en este país de este lado del espejo, los balbuceos de sus dueños, los sueños de sus explotados. Si cada una de estas crónicas es una obra maestra, todas juntas son un libro imprescindible para entender nuestro tiempo; esto es, para entender que no tenemos que esforzarnos en entender nada. ■ POZUELO.

